



Capítulo 364 - Un plan sucio.

-Respóndeme, Emperatriz. Muéstrame que todavía tienes dientes. ¿O aceptarás ser olvidado?"

Y luego se quedó en silencio.

Esperando.

Respiración contenida.

La provocación se cumplió.

El tablero está listo.

Por un momento pareció que el silencio triunfaría una vez más.

Pero el Orbe... pulsó.

No como antes—no con el ritmo ancestral y constante, sino con algo nuevo. Profundo. Un temblor primordial, como si el núcleo del universo se hubiera contraído por un instante. Como si algo se olvidara de existir, sólo para recordarlo con mayor violencia.

El suelo tembló bajo los pies de Virgilio. No fue un temblor físico—fue la vibración del significado. La realidad misma frunció el ceño.

El cielo perdió su color.





El aire perdió su densidad.

Y entonces, como un rugido apagado de un mundo enterrado, llegó la voz.

No audible. No físico. Surgió dentro de él, como un rayo que no busca el cielo, sino el alma.

"Te atreves a gritar ante un trono vacío, como si el polvo fuera sordo. Tonto provocador..."

La voz era femenina, pero no mortal. No humano. Era la voz de épocas comprimidas en sílabas, de imperios que existían antes de que el tiempo tuviera un nombre. Cada palabra era un golpe en la mente— y, sin embargo, había en ella una elegancia cruel, una majestad imparable.



Virgilio dio un paso atrás, pero no cayó. Sus ojos muy abiertos. Su aliento se encontraba entre el desafío y la reverencia.

"El Escarlata no me supera. Ella gatea. Como siempre se ha arrastrado, cubierta de rojo, no por la gloria... sino por la sangre de los demás."

El Orbe brillaba como un sol furioso. Las venas de luz dorada se expandieron, convirtiéndose en serpientes en llamas que corrían por su superficie — los patrones no bailaban: luchaban. Líneas de guerra. De dominación.

"Ella grita para que la noten, se arroja a los brazos de la primera hija caída que encuentra, como si el caos fuera una discusión. Yo no grito. Yo respiro. Y cuando respiro... los cielos se quedan en silencio para escuchar."



El aire se volvió espeso como humo fundido. El mundo pareció inclinarse. Algo andaba mal con el tiempo. El viento se congeló en medio de un torbellino — y permaneció allí, suspendido, como si incluso él estuviera esperando el siguiente paso.

Vergil apretó los dientes.

"Entonces habla", gruñó, con los puños apretados. "Háblame de verdad. Si todavía tienes voz, si todavía recuerdas lo que es gobernar — muéstrame más que sombra y veneno."

"No me desafías, mortal. Me llamas. Y eso es más peligroso de lo que entiendes."

La vibración aumentó—y por un momento la vio.

No con sus ojos, sino con su espíritu. Una forma vasta e inmensa, coronada por crestas de luz y dientes de siglos. Escalas de metal vivo. Un par de ojos platino, fríos como la primera noche del mundo.

Un dragón—no una bestia. Una diosa. Una emperatriz.

Y ella lo estaba mirando.

"Yo era fuego antes de que el Sol se atreviera a arder." La voz ahora lo llenaba todo. "Yo era la corona cuando el mundo todavía era gris y sin nombre. El Escarlata es un caos disfrazado de urgencia. Soy una orden que arrastra universos por los cuernos."





Vergil sintió que sus rodillas se doblaban, pero se obligó a ponerse de pie. Sudoroso. Pantalón. Arrogante.

"Entonces elige. Úsame. Despertar. Deja de fingir que esperar es estrategia. Si ella domina primero, nadie recordará tu orden. Recordarán la destrucción. Y el miedo."

El Orbe tembló. El trueno resonó sin nubes.

"No eres digno."

Virgilio se rió. No porque le pareciera gracioso — sino porque era todo lo que quedaba frente al abismo.

"Eso ya me lo han dicho antes. Generalmente mueren después."

Por primera vez, la presencia dudó. Como si...sonriendo.

"Tu insolencia es lo que te condena... y lo que me intriga."

El brillo del Orbe se atenuó lentamente, pero no se apagó. Sin embargo, el calor persistió. Era como estar delante de un horno que contenía la respiración — pero en cualquier momento podía prender fuego al firmamento.

"Todavía no." La palabra llegó firme, definitiva. Pero había otra capa — como si la puerta se hubiera abierto ligeramente.

"Pero me haces pensar."





Virgilio permaneció en silencio durante mucho tiempo. Su corazón se aceleró. Su garganta se secó. Pero sus ojos todavía estaban llenos de desafío.

Se agachó y colocó el Orbe en el pedestal improvisado con reverencia. No sumisión — sino respeto. Respeto por algo que podría aplastarlo entre pensamientos.

"No me elijas. Sólo escúchame. Porque al final... cuando el mundo vuelva a caer, seré el último en gritar."

Se giró para irse, sus pasos lentos, su cuerpo exhausto. Pero antes de dar su primer paso...

"Vergil."

Era la primera vez que decía su nombre. No como una provocación. Como reconocimiento.



"Los dragones no lo olvidan." Su voz ahora era casi un susurro, como el final de un trueno lejano. "Y estoy... despertando."

La luz del Orbe parpadeó. Y por un momento, las sombras que los rodeaban temblaron como si un ojo colosal hubiera parpadeado desde dentro de la realidad.

"Lo hice..." Virgilio sonrió. Después de todo, tenía el plan perfecto formado en su cabeza.

El juego había comenzado.



...

[Al otro lado]

El salón estaba tranquilo.

Demasiado silencioso.

No el tipo de silencio que trae paz, sino el tipo que precede a una ruptura. Como el momento entre el relámpago y el trueno. Como el lento tirón de una cuchilla que conoce el sabor de la sangre.

Sepphirothy dio un paso adelante.

Su presencia era aguda, como el viento en un lugar prohibido. Su ropa bailaba suavemente en el aire cargado de maná, pero sus ojos estaban fijos en un solo punto: el collar de Runeas Gremory.



Más precisamente, en lo que colgaba de su centro—el Orbe Escarlata.

Y el Orbe... la miró.

La luz roja pulsaba, viva, como si reconociera su aproximación. No era un brillo decorativo. No era una joya. Era un ojo. Era una voz. Era una frase condensada en cristal.

Runeas respiró profundamente y sus dedos rozaron instintivamente el Orbe. La habitación parecía encogerse alrededor de ellos dos.



Y entonces habló la Emperatriz.

No Runeas. Ella.

La voz le atravesó la carne sin previo aviso. Tocó directamente el espíritu de Sepphirothy —como si alguien le hubiera arrojado fuego a la mente.

"Tú..."

La palabra salió arrastrada, adormecedora, como un vino antiguo y envenenado. Una voz femenina, suntuosa, cargada de poder crudo y deseo impaciente. Un eco que parecía tallado en piedra, conservado durante milenios, ahora liberado con un solo suspiro.

"Te atreves a mirarme como si fuéramos iguales."

